

jonearon de nuevo á Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazzarino, que dió éste orden de zarpar inmediatamente á la armada de Tolon al mando del duque de Richelieu, llevando á bordo al señor de Creuzet y al de Forgetz, generales de crédito que podían ponerse á la cabeza de la rebelión; no juzgando político el ministro cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisición de un reino, á príncipe de la sangre, ó á personaje de tanta valía que osase trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó á Roma el verdadero comisionado oficial de Genaro Annese, Nicolo Maria Mannara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones independientes, el embajador de Francia y el duque de Guisa, proporcionó á éste el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oírlo y comunicarlo ántes que el hábil diplomático lo consiguiera. — Arribó Mannara despues de una larga y penosa navegacion á Fiumicino, y de allí se trasladó á caballo á Roma, donde llegó á media mañana harto malparado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado, que prevenia ciertamente muy poco á su favor, apéese á la puerta del palacio Barberini y subió á la vivienda del marqués de Fontenay, precisamente cuando este acababa de salir. Los secretarios y dependientes de la embajada, como habian observado la frialdad y reserva con que el jefe acogía á los napolitanos, no les daban grande importancia, y recibieron con desden al recién llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annese tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco lisonjero; y se sentó á esperar, empapado y mohino, en una de las primeras antecámaras. Entró en ella por acaso un lacayo del duque de Guisa, le habló y supo quien era; y así como los servidores de Fontenay observaban con los del duque el desdén del continente de su señor, los del duque se esmeraban en afectar el interés y cariño que el suyo les demostraba; y despues de acariar este á su manera á aquel hombre de tan mala catadura, sólo porque venia de Nápoles, corrió á ponerlo en noticia del baron de Módena. Avió este inmediatamente al duque, y aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador, mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la embajada, trajese de un modo ó de otro aquel hombre á su presencia. La suerte favoreció la ejecución, y Mannara se trasladó, sin que nadie lo notase, á los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el baron con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos y servirle un abundante almuerzo en que no escaseó el vino; y cuando lo vió repuesto, enjuto, refrigerado y agradecido sobre todo á tan buena acogida, y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del príncipe, ya convenientemente preparado.

CAPITULO XVIII

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobremanera con el desden y poco miramiento de la recepcion en casa del marqués de Fontenay, hizo su natural efecto; pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan jóven y gallardo príncipe; le manifestó sin reserva sus instrucciones y le pintó el estado de la sublevacion, aumentando como era regular sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atencion le oyó el duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior á la que solia ostentar, por hacerle grandes elogios del embajador; por disculpar la mala acogida que habia encontrado en su casa, atribuyéndola á descuido de criados; y por asegurarle que hallaría en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda proteccion; pasó luego á hablarle largo de sí mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente que peleaba con tanto teson para conquistar su libertad y su independencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo, su pariente, y todo el celo del marqués de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo que los vientos contrarios opusiesen á la armada, ó por otras causas imprevistas; insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercía una verdadera fascinacion, la idea de lo conveniente que sería proveer á estas eventualidades, yendo él mismo á ponerse al frente del pueblo y á combatir por la nueva república, como lo estaba haciendo en Holanda el príncipe de Orange; y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaría el celo de los ministros para no retardar los socorros, y avivaria en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenía empeñado á tan cercano pariente, grato además á los napolitanos como vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Mannara con este discurso, creyó ver en sí mismo una importante y brillantísima negociacion, que iba á darle alto nombre y fortuna. Y

aunque en sus instrucciones no se le decia nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para procurar lo que más conviniera al triunfo de la república, campo abierto para solicitar la cooperacion de un príncipe, que tan poderoso se imaginó, y tan preponderante en la corte de Paris. El duque conociendo que era ya suyo completamente aquel mensajero, para asegurárselo aun más, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia á los ojos del marqués de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofreciósele el napolitano, y saliendo de la casa del duque por la puerta del jardín, volvió á entrar por la principal, y subió á la del embajador, haciendo creer que venia de la posada en que habia dejado su equipaje.

Recibiólo el marqués con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Genaro Annese, que le escribía por sí y á nombre de la junta popular. Y despues de informarse detenidamente de la situacion de Nápoles, y de las esperanzas que fundaba en la proteccion del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano á tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante á otro la armada francesa, que habia zarpado ya de Tolon, llegaría á patentizar con poderosos socorros el alto aprecio con que miraba su corte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle grandes gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que para prevenir cualquier eventual retardado, deseaba la república naciente tener en su seno, como prenda de alianza, algun príncipe francés que mandara las armas, interesara á Francia en su socorro, y asegurase el éxito de la independencia por que se peleaba. No cayó por lo pronto en la cuenta el marqués, y respondió en términos generales. Mas volviendo á la carga el napolitano, le dijo: que informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, príncipe del linaje de Anjou, pedía que fuera á ponerse á su cabeza, y á organizarlo convenientemente para la guerra con sus opresores, interin llegaban la armada y los demás socorros que el Rey Cristianísimo enviase. Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita petición; y cuidando de no darle á entender en el semblante, contestó, á pesar suyo con agitado aliento y balbuciente voz, que creía que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares; y que no sabia si hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaría ir á Nápoles en aquellas circunstancias, y arrostrar las dificultades que podría ofrecer el viaje. Mannara sin titubear (más diestro entónces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el duque, repuso que los napolitanos no necesitaban más que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato; pues hallaría entre ellos uno y otro superiores al del mayor monarca; y que para asegurar el viaje bastaban las falacias napolitanas, tan prácticas de aquellos mares, y tan acostumbradas á burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el embajador, terminó sin afectacion la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador; y se encerró en cómo seguida en su gabinete á meditar detenidamente impedir la ida del duque de Guisa á Nápoles, sin comprometerse con él, ni con la corte, ni con los napolitanos.

El baron de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el marqués tenía deseos de ir á Nápoles, pero que le faltaba resolucion: que acaso lo hubiera verificado, llegando á tiempo la armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fué posible á la marcha del duque. Mas nosotros, registrados otros autores no tan interesados en la empresa del príncipe francés, visto el modo con que este se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba, y examinando imparcialmente su conducta pública y privada ántes y despues de aquellos acontecimientos, juzgamos que el marqués debió creer que el duque iba á imposibilitar el triunfo de los napolitanos, y á empeorar su causa, con su ligereza y corta capacidad; y á enfriar tambien en la corte (como sucedió), el deseo de socorrer á la nueva república, por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia de Guisa; y que por esto sin duda se opuso constantemente á que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso é importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Mannara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el embajador; y este al dia siguiente fué á visitarlo y á referirle la proposicion de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola más bien de descabellada. Pero el duque le manifestó que no la creía tanto, que no fuera aceptable en interés de la Francia; y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerlo en su capital, y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto á ir allá á servir al Rey, y á impedir á costa de los mayores sacrificios, que el retardado eventual de la armada diese lugar á imprevistos

acontecimientos, que privasen á Francia de tan oportuna ocasion para acrecentar su gloria y su poderio. Desconciérase el embajador con esta declaracion explícita, y mucho más cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del duque. El sagaz diplomático no se atrevió á combatir con un príncipe osado, que tan bien sabia disfrazar su ambicion con el traje de sacrificio por la gloria de su Rey, y con un cardenal influyente, y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros cardenales y prelados franceses que estaban en Roma; y estos, no tan sagaces como Fontenay, ó ignorantes de los antecedentes del personaje y del desfavor en que estaba con la corte, decidieron por unanimidad: que pues el pueblo napolitano pedía que el duque de Guisa lo gobernara, no debía retardarse el viaje del príncipe, por convenir así á los intereses de la Francia (1).

Regresó Mannara á Nápoles con cartas de Fontenay muy expresivas y satisfactorias para el generalísimo del pueblo, y para la real república napolitana; y llevó tambien otras del duque llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada á Nápoles fué en el momento en que Genaro Annese, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia é insaciable avaricia, tenía un desastroso fin; y lo salvó el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras, de tener efectivamente la proteccion de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros, y pronto para ponerse á su cabeza un esclarecido príncipe de su familia; pues cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir á su habilidad y celo tan grandes ventajas, lo rehabilitaron en la opinion de las populares turbas enajenadas de contento, y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annese, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el primer momento que se pondría para siempre á cubierto de las veleidades del populacho trayendo á su lado al duque, se apresuró á que fueran efectivas sus ofertas; y sin pensarlo mejor despachó de nuevo inmediatamente á Roma al mismo Mannara con el P. Capece, fraile dominico, y con Aniello de Falco, general de artillería, para dar en nombre de la real república las gracias al embajador francés, y para rogár al duque de Guisa que se presentase sin demora á tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange (2).

Apénas habia partido de Nápoles esta formal legacion, y aun estaban casi á la vista las barcas que la conducian con próspero viento, cuando se arrepiñó el generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta ligereza y precipitacion; pues ó bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios más sagaces que él, ó bien porque el instinto de la ambicion alumbró á su escaso entendimiento, conoció que le iba á ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido, y que pronto sería suplantado por él, volviendo de nuevo á la insignificancia de su vulgar condicion, y á ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolucion; y anheloso de remedio consultó sus temores con Francisco Patti, abogado de mucho crédito, y hombre de gran astucia y desfachatez. Este, en lugar de desvanecerlos, como el pobre Annese esperaba, se los aumentó asegurándole que se habia cortado la cabeza, y que debía por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe francés. Desesperado el generalísimo del pueblo, y sin más afán que el de conservar su posicion á toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase á Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía cuanto hicieran los otros tres comisionados, y para poner todos los obstáculos posibles á los intentos del duque de Guisa. Hizose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó á encargarse de mision tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducianse estas á negociar directamente con el Padre Santo, y proponerle, ó que se conservase, para sí, la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecía; ó que lo tomase bajo su proteccion y amparo como república dependiente de la tiara; ó que concediese la investidura de rey de aquel reino á uno de sus sobrinos. Y en de que el romano Pontífice no diese acogida á ninguna de estas tres proposiciones, á dirigirse al marqués de Fontenay y manifestarle que Genaro Annese, el consejo supremo de la república, y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban entenderse solo con él y con el Rey Cristianísimo, y rogarle que fuese á Nápoles sin demora á representar á tan poderoso monarca, seguro de que haría su presencia y su autoridad mucho más efecto que la del duque de

(1) Comte de Modéne.
(2) De Santis. — Capecelatro, MS.

Guisa, jóven inexperto y que sólo habia sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo más despreciable del populacho. De suerte que la mision de Patti abrazaba dos negociaciones para echar mano de la una si no tenia buen resultado la otra y ambas dirigidas á impedir la venida á Nápoles del príncipe francés, con quien le era imposible competir al villano Genaro Annese.

CAPITULO XIX

Mannara y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje á Roma, donde fueron muy bien acogidos por el marqués de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa, quien, adestrado sin duda por el baron de Módena y otras personas de talento que lo circundaban y en lo posible lo dirigian, los recibió afectuosamente, pero negándose á oír sus proposiciones oficiales sino en presencia del embajador. Por lo que á instancia de los comisionados se celebró aquí mismo dia una entrevista en el salon del marqués, en que oficial y solemnemente en nombre de la república pidieron al duque que se dignase de ir á Nápoles y de tomar el mando de sus ejércitos. El príncipe, siempre bien aleccionado, y despues de manifestar su gratitud á los mensajeros, y de asegurarse de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaban, dijo: que para volar á su socorro sólo esperaba, á fuer de leal súbdito francés, el que se lo mandase el representante de su Rey y señor. Apuradísimo se vió Fontenay conociendo el compromiso, y la inmensa responsabilidad en que podia incurrir; y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbacion, expuso al cabo: que no tenia instrucciones bastantes, y por lo tanto autoridad ninguna para mandar y dar órdenes á tan alto personaje; pero que tampoco las tenia para poderse oponer á una eleccion espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo, cuando recaía en un príncipe francés; y que no habiendo recibido contestacion de la corte á sus últimos despachos, lo único que podia asegurar era, que la escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles, y que en ella tendria la nueva república el más firme apoyo para asegurar su independencia y su libertad (1). Bastóle al osado duque esta declaracion aunque tan ambigua; y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba, y resolvió partir en cuanto vinieran á buscarlo las falacias.

Contentísimos los comisionados de Genaro Annese con el buen éxito de su negociacion, despacharon por mar y tierra avisos á su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente á Fiumicino las barcas que debian conducir al príncipe general.

Loco de contento el duque de Guisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, mientras preparaba el viaje, y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, dabaincitantamente una inconsiderada publicidad á todas las negociaciones, sin recatallas ni aun de sus más encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos, que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora, que le vendió el duque de Bracciano, se aprestó á la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió á Paris á un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos, y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros, y el que apoyasen con calor los ministros del Rey su atrevida empresa (2).

Cuanto se habia trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabia menudamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y seguía una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo que ocurría en Italia. Y como sagaz y entendido, y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa á Nápoles era la ocurrencia más favorable en la situacion en que se encontraba aquel reino. Conocía personalmente al jóven príncipe, y sabia que estaba mirado de mal ojo en la corte francesa, donde su audacia debía despertar recelos, y entorpecer cuando no imposibilitar los socorros, que sin estar él por medio, hubiera dado la corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marqués de Fontenay, circunstancias todas que unidas al estado de desorden en que habia caído la rebelion, y á la envidia y temores que ya se habian despertado en el corazón del villano Annese, debian apresurar forzosamente el descredito del duque, y con él los nuevos acontecimientos, que al cabo que proporcionalan el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades para lo venidero, fundadas en datos casi positivos, léjos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó sólo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdicion: teniendo siempre al corriente de todo al señor don Juan de Austria y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus

(1) Comte de Modéne.
(2) Comte de Modéne.

muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase deleznable y resbaladizo el príncipe aventurero.

Tan feliz como habia sido el viaje de los tres comisionados de Genaro Annese, fué largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó sin embargo con grande actividad y siguió sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santo no daba oídos á sus propuestas, se acogió á la segunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marqués de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró éste de cuanto le dijo el agente secreto; pero conoció muy luego que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto ménos que imposible. Así se lo manifestó á Patti, exhortándole á que fuera á Paris para tratar directamente con la corte. Entónces el astuto abogado, consultando ante todo su propio interés, creyó que le importaba ya más servir al duque de Guisa que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje á Paris con la falta de medios, y de credenciales é instrucciones; y se despidió del embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podia ser en beneficio de su patria. En seguida fué á buscar á los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles para apresurar la partida del duque; y aun tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, como las más bajas y viles adulaciones (3).

Llegaron en esto á Fiumicino catorce barcas ó faluas napolitanas destinadas para el viaje del príncipe. Este apresuró sus preparativos, y despues de mil necias publicidades, y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal, llevando la ligereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trompeta delante, por la plaza de España, y por debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso al verlo desde detrás de sus vidrieras desplegara los labios con la sonrisa de la compasion. Acompañaron en varios coches el marqués de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia, y otros señores y prelados franceses, hasta la Basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el duque su viaje á caballo hacia el mar, con el baron de Módena y los emisarios napolitanos, llevando además en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el embajador, esto es de espía; á Jerónimo Fabroni en calidad de secretario, y á Agustín de Lieto con la de capitán de guardias. Cada falua no podia contener más que dos ó tres pasajeros. El duque entró en una con sólo su ayuda de cámara, y en las otras se repartió la comitiva, dando la vela con tiempo bonancible el dia 13 de noviembre de 1647, á la media noche (4).

Al siguiente en las aguas de Ponza descubrieron esta flotilla tres galeras españolas que estaban en acecho; pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las faluas en todas direcciones; y no conociendo en la que venia el príncipe, no sabian á cuál habian de perseguir, mucho ménos desapareciendo pronto todas á favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto con destreza suma y sin perder tiempo, la barca en que venia el duque, navegando tierra á tierra, y pasando entre las islas Ischia y Procida, con rumbo á la de Capri, apareció al amanecer en el golfo; y aunque acosada por la mosquetería de los botes armados que envió don Juan de Austria á perseguirla, arribó en salvo á la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente á la playa del Carmen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

CAPITULO XX

En punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, mas bien que de efectivos recursos, á ponerse á la cabeza de un alzamiento popular, con más ruidosa apariencia, que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento que, empezando motín despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó á ser rebelion abierta contra la dominacion española, habia recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecida de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el país estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni en el fin con que las empuñaba y esgrimía. Es verdad que ciento y cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la poblacion, habian peleado, y peleado con valor heroico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este número estaba ya muy disminuido, y era aun más pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y además no eran sólo aquellas tropas populares, y aquellas masas informes é indómitas de populacho lo habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivian ó de empleos públicos, ó del tráfico, ó de la industria, llamados

(3) Comte de Modéne.
(4) Comte de Modéne. — De Santis. — Capecelatro, MS. y otros AA.

entónces *capas-negras*, y que componian la clase media del pueblo napolitano; si se alzaron contra los impuestos, ó por satisfacer resentimientos personales, ó por buscar medio de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desorden, disgustados de los excesos del populacho, desengañados de toda ilusion, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominacion española, creyéndola prenda única de estabilidad y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderio, y mucho peso en la balanza de los destinos del país, combatía encarnizadamente la revolucion. Y tres castillos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar, eran de los españoles. La comocion duraba y crecia, porque el temor de los *capas-negras* á los asesinos y á los incendios los tenia aterrados y atreídos, sin atreverse á comunicarse entre sí y á ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores; y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenían poder suficiente para destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante á la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organizacion misma de la parte militante del país no dejaba esperanza de consistencia alguna. En las provincias no era uniforme; en la ciudad, sí, bien habia la suficiente para pelear, no habia ninguna que le constituyese. Y ya creyéndose fiel al rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose republica, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada é indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente á la cabeza, que la empujaba más que la regia; y que la tiranizaba ó la obedecia humildemente, pasando con rapidez de señor á siervo, y de verdugo á victima. La rebelion en fin del reino de Nápoles, que tanto ruido hacia en Europa, no podia tener por resultado la independencia, porque no tenia fuerzas propias ni físicas ni morales para consistirla. Sólo con una escuadra superior á la de don Juan de Austria, y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital, uniformar la opinion de las provincias, organizar el país y arrojár despues de largos sitios en regla á los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominacion, pero no constituirse en estado independiente. Y esta mudanza de mano, si es que era favorable para los napolitanos, sólo podian verficarla franceses; pero su cooperacion era dudosa, con la intervencion de un príncipe mal visto en la corte de Francia, temerosa de su exaltacion.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habian ya, como dijimos, arreglado la conducta del conde de Oñate, y marcaron al señor don Juan de Austria y al Duque virey, la que debian observar. Así que no vieron en el duque de Guisa mas que un aventurero, que si iba por lo pronto á dar calor efímero á la rebelion, iba luego á ser un estorbo para su progreso, y acaso el medio más eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener á toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños, apretar el bloqueo de la ciudad, y esperar á que los desaciertos del nuevo caudillo, y el cansancio, desorden y miseria de las masas combatientes dieran el triunfo á las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante príncipe francés, pues sin considerar que sólo habia traído á la república en embrión una docena de aventureros por todo esfuerzo, siete u ocho mil escudos por todo auxilio, y unos cuantos quintales de pólvora por todo socorro (5); ufano y desvanecido con el feliz éxito de la travesia, con las salvas del torreón del Carmen, con las aclamaciones del populacho, se creia ya libertador de un pueblo oprimido, fundador de una monarquía independiente, árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas, y de un inmenso gentío que lo victoreaba, se dirigió á caballo á la iglesia catedral, para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso; y en seguida lo llevó consigo Genaro Annese á su guardia del torreón del Carmen, para que allí viviese en su compañía, interin se le preparaba más digno y decoroso alojamiento (6).

No sería ciertamente muy agradable para el orgulloso príncipe francés, para el atildado petimetre de Paris, el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero, y el encontrarse en su asquerosa manida, donde aunque se veian hacinas para los rínicos vajillas de plata y oro, tales riquísimas y otros preciosos objetos robados, habia tanta inmundicia, tan pestífero olor, tales harapos, y ajar tan pobre y tan repugnante, que la persona ménos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuarto la desharrapada esposa del generalísimo del pueblo, que allí á su lado, desgreñada, aunque con un brial de seda, que habia sido de la duquesa de

(5) De Santis.

(6) De Santis.